

Alberto Parra*

500 años de conquista y colonización

¿QUE CELEBRAR?

En un reciente encuentro de teólogos latinoamericanos, iluminado con la presencia y el aporte de científicos sociales y de indígenas, Gustavo Gutiérrez volvía insistentemente sobre su idea de que la conmemoración de los 500 años es de todos los 500 años, y no simplemente de unos hechos acaecidos hace 500 años.

Por, eso, la inserción del presente histórico en la secuencia de los 500 años quizá sea el factor que permita una conmemoración cualitativamente diversa de la que pudo ser la conmemoración de los 300 o de los 400 años. Cualitativamente diversa porque, a diferencia de las conmemoraciones anteriores, América, especialmente la América indígena, mestiza, mulata y negra, la América pobre, la América de las inmensas bases populares está ensayando una nueva gesta de resistencia y liberación:

- con un nuevo sujeto histórico, que es el nuevo protagonista social;
- con nuevas formas de organización comunitaria;

- con formas de economía alternativa;
- con un nuevo poder, precisamente desde el no poder, desde la fuerza de lo negativo;
- con nuevas formas de expresión y de simbolización que están sacando a flote los restos de nuestras culturas alternas, después del genocidio;
- con nuevas formas de organización femenina, indígena, negra, cívica, sindical;



- con nuevas síntesis de la teoría con la praxis, que aseguran una nueva producción del conocimiento desde los intereses y las concreciones;
- con nueva y feliz articulación entre el proceso popular y la

misión del intelectual;

- con nueva forma de ser la única Iglesia de Jesucristo, inserta en la carne y en los huesos de nuestra historia.

Para una empresa así, que ya tiene vida y realizaciones en la entraña de América, se requiere del economista y del político, del científico social y del filósofo, del artista y del estratega, del historiador y del teólogo.

Porque ellos ofrecen al proceso de nuestra liberación el instrumental analítico, no sólo para la lectura racional de nuestra realidad, sino para la planificación científica de las metas y de los propósitos que nos permitan subsistir y ser, con todas nuestras capacidades y diversidades.

Para quienes nos hallamos en proceso de liberación transformadora, la escogencia de los instrumentales analíticos no es neutra: se alimenta, sí, de la objetividad de los análisis, pero desde el sesgo del interés por la emancipación.

Tampoco es neutra la producción misma de los instrumentales analíticos: se alimenta de un "ethos" referido a la liberación del "otro" que, en cuanto "otro" debe ser profundamente respetado, pero abordado y servido eróticamente, pedagógicamente, políticamente.

Es obvio, entonces, que un instrumental analítico, producido desde el interés por la liberación y destinado a ali-

mentar internamente nuestro proceso latinoamericano, será siempre un instrumental bienvenido, agradecido y difundido. Eso es lo que uno desea para el libro del historiador (filósofo también y teólogo) Rodolfo Ramón De Roux intitulado "Dos Mundos En-

* Teólogo, jesuita colombiano

frentados", lanzado recientemente en magnífica edición por el Fondo Capacitar y por el Centro de Investigación y Educación Popular CINEP. Es también previsible que ese mismo instrumento contará con toda la resistencia y el bloqueo por parte de quienes transitan caminos contrastantes con la liberación de los pobres y la dignificación de las bases.

RECORDAR PARA NO TENER QUE VOLVER A LLORAR

El instrumental histórico que sirva al proceso de nuestra liberación tiene características hermenéuticas claves, que están felizmente presentes desde el mismo planteamiento inicial de la investigación de De Roux:

"El problema histórico no consiste en distribuir tardíamente irrisorias condenas o absoluciones junto con certificados individuales de bondad o de maldad. El problema consiste en comprender el proceso de desestructuración de un continente; comprender cómo una enorme masa humana fue conquistada, desposeída y diezmada. Y todo esto no como nostálgica mirada para alabar la belleza del muerto, sino porque perder nuestra capacidad de explicación y de indignación, o de admiración para el pasado, es también perderla para el presente. De nada sirve mirar en el retrovisor de la Historia si la memoria no excita la conciencia de lo que nosotros mismos estamos llamados a vivir. El pasado no se petrifica sino cuando deja de tener futuro. Los 500 años no son para celebrar, sino para recordar y acordarnos del porvenir".

NO "ENCUENTRO DE DOS MUNDOS" SINO "DOS MUNDOS ENFRENTADOS"

La caracterización de "La España que conquistó al Nuevo Mundo", para evocar aquí la obra de Rodolfo Puiggrós, la trabaja De Roux sin pretensiones de originalidad y desde las perspectivas del capitalismo naciente, de la unificación política de España, de su cultura bélica, de la religión del Estado: uno siente la unidad de criterios entre estos análisis de De Roux, de Puiggrós y de Gustavo Gu-

tiérrez en su obra "Dios o el Oro de las Indias". A su vez, la caracterización del Nuevo Mundo que España sometió la traza De Roux desde la conformación étnica de nuestros pueblos, desde sus impresionantes realizaciones sociales y culturales, desde sus antiguas religiones, hasta su resistencia al invasor y dominador.

Esos análisis de De Roux y su bien lograda contraposición sustentan de sobra la tesis fundamental del libro de que entre España y la que hace 500 años fue bautizada como América no pudo darse un eufemístico "encuentro", sino precisamente un encontrón y enfrentamiento.

Es que cuando el encuentro no ocurre entre personas, sino entre personas y sub-hombres (según las tesis discutidas acerca de la condición irracional, semirracional o abiertamente, "perros sarnosos" de mayas y de incas, de chibchas y araucanos, de aztecas y aymaras) no puede haber "encuentro" sino dominación.

Cuando el encuentro no acontece en la diversidad respetuosa de la igualdad, sino en la imposición ideológica de la conquista, para evocar también la obrita de Germán Marquínez Argote, entonces el encuentro no es encuentro, sino subyugación.

Suscribimos, por eso, la invitación de De Roux a no caer, con respecto a nuestra colonización, ni en la leyenda negra, ni en la leyenda blanca o rosa. Sino a obligarnos todos al realismo de los análisis y a lo inexorable de los hechos, desde donde tomemos pie para este incontenible proceso, antiguo y nuevo, de organización, de resistencia, de liberación, porque el genocidio de "lo otro" no ha terminado aún.

NUNCA JAMAS LA CRUZ AL LADO DE LA ESPADA

Los análisis de De Roux en la coyuntura de los 500 años nos encuentran en plena resistencia al Césaropapismo (patronatos y encomiendas) por el cual los poderes establecidos fueron y son brazo secular de una "evangelización" que fue más impregnación cultural cristiana y con-

quista espiritual, antes que Buena Nueva de libertad y liberación. Resistencia también al Papo-Cesarismo (el evangelizador al lado del dominador: "al servicio de Dios y de Su Majestad") por el cual el poder religioso institucional fue socio conquistador e ideológico legitimador de los aparatos del sistema, al servicio de un colonialismo que, hoy como ayer, implementa desarrollos económicos que nos modelan a imagen y beneficio de antiguos y nuevos amos; políticas culturales que cada vez más nos debilitan y nos extranjerizan; y políticas sociales que ulteriormente nos depauperizan.

Además, el pasado de nuestra evangelización, analizado por De Roux, que resultó siendo una expansión de la catolicidad como reproducción del sistema, nos encuentra en el hoy de nuestra América lanzados hacia una "nueva evangelización", que no sea simplonamente "néa" (volver a hacer lo mismo de antes), sino "kainé" (hacer algo no hecho antes). Para que nunca más se repita la manipulación de la Buena Nueva de Jesús para imponer desde ahí ideologías domesticadoras, filosofías perennes y teologías acriticas, normas y cosmovisiones, modelos políticos y sociales "que nosotros ni nuestros padres pudimos tolerar".

En fin, el pasado de resistencia y de liberación actuado por los mismos oprimidos, por los diezmados y subyugados, y acaudillados por indios ilustres y por clérigos verdaderamente evangélicos, nos encuentra hoy nuevamente unidos en la lucha frontal de servicio de la fe en y desde la promoción de la justicia, que es exigencia y elemento integral de esa misma fe. A los episodios y a los personajes que conforman la historia pasada de la resistencia americana tenemos para añadir hoy nuevos episodios y nuevos actores, nuevas resistencias y nuevas luchas, nueva sangre y nuevos testimonios martiriales. Es esa antigua y nueva lucha la que es digna de ser celebrada, como 500 años de estarse procurando, continua e ininterrumpidamente, la liberación de la América pobre respecto de los brujos, de los dominadores, de los opresores, de los explotadores y los déspotas.